

El copo de nieve que se enamoró de Granada

amme



Capítulo 1

No fue más que uno de los millones de hijos del agua y el viento: un insignificante y vulgar copo de nieve, gestado y alumbrado en el gélido ártico, alimentado con las trovadoras historias que los helados vientos polares susurraban en su continuo ulular. Historias de una tierra lejana, tierna como un bolero y apasionada como una copla; bulliciosa; mora y cristiana; fría y soleada; lugar predilecto de fuentes, surtidores y jardines, donde la pena profunda se llama Angustias y la caridad Juan de Dios.

Movido y decidido por una extraña necesidad de búsqueda, abandonó la seguridad del hogar y con otros muchos emprendió un largo viaje, el cual le dio la oportunidad de conocer lugares y realidades diferentes, mas ninguna de ellas colmó sus ansias. Un día de nochebuena sobrevolaba la ciudad de Granada y al verla quedó prendado, le traspasó el alma, era ella, por fin la había encontrado, y en su interior creció una afirmación con la misma solidez y coraje que crece el caudal del río en la tormenta: «Este es mi sitio». Todos sus compañeros de viaje le avisaron «si te quedas en la ciudad y no subes a la montaña morirás en pocos días, quizás mañana», pero no les prestó atención, tan sólo contestó con un escueto: «si no me quedo aquí no habré existido», y con la impaciencia del enamorado se dejó caer sobre la ciudad. Esa nívea noche fue la más hermosa de todas cuantas había vivido; flotar juguetonamente por sus calles, rozar el dibujo de sus jardines, deleitarse con los poemas que cantan sus fuentes o embrujarse con las historias de amor y poder que pregona su fortaleza mora, fue su mayor gozo; todo en ella parecía estar concebido para el deleite de su alma y aturdimiento de sus sentidos; una vez la conoció ya nada más sería lo suficientemente significativo como para llamar su atención, y lo supo con la misma certeza con que se percibe la muerte. La ciudad estaba encantadora, vestida de luces de colores y jolgorio de gentes en acompasados vaivenes de apresuradas compras, recados y visitas; el ambiente perfumado con aromas de castañas asadas y garrapiñados, pero aún le falta algo, «la vestiré de blancos encajes, como a una novia», pensó en su emocionado interior y dicho esto desplomó su hondo querer sobre su amada y fue uno con ella que le recibió de buen grado porque el sentimiento era mutuo y los dos juntos mostraron la más hermosa estampa navideña jamás vista en la ciudad. Pasó la noche veloz, como una estrella fugaz, y una nueva Navidad amaneció en Granada que fue recibida y escoltada por un reluciente sol, que sabedor de la renovación de la promesa que ésta traía, incansable, le rindió honores con ardor de guerrero fiel durante toda la jornada, y, lo que para unos fue pura alegría y deleite, por lo luminoso y señalado de la fecha, para él se tornaba en una amargura sin fin, un desgarrar feroz y despiadado: la tibieza reinante lo iba separando de su enamorada con la ternura de una caricia lenta. Poco importaba ya que la vida se le escapara si el abrazo que compartió toda la madrugada había valido un universo entero; lo vivido, aún habiendo sido breve, era en sí la

única explicación, la única respuesta y por verdadero duraría para siempre en el eco de la existencia. A poco que avanzó la jornada, el incontenible deseo de agradar que el astro rey se había propuesto, terminó irremediabilmente con él y con la insignificancia de los que son muchos, su muerte gozó del mismo anonimato que disfrutó su vida. Tan conmovidos quedaron sus compañeros de viaje, al ser testigos de la voluntaria inmolación en aras de tan trastornador sentimiento, que se comprende sólo si te alcanza pero inexplicable a la razón, que se comprometieron a vestir la ciudad con su manto blanco, como homenaje perpetuo, cada vez que pasaran por ella. Y ya de vuelta al ártico que los vio nacer contaban su historia, el copo de nieve que se enamoró de Granada, de la siguiente manera: «Existe una fuerza antigua, ancestral, que está más allá del tiempo y el espacio y que cuando se manifiesta con toda su rotundidad, también está por encima de la muerte...».